

# *Más allá de la resistencia en un caso de transferencia erótica* (RELATO EN DOS TIEMPOS)

Presentado en la Sociedad Argentina de Psicoanálisis-Buenos Aires

## 1. Introducción

Hace unos años atrás, a partir de un texto de Racker sobre la doble faz de la transferencia, escribí una viñeta clínica que dejaba abierto un interrogante, que con el progreso del proceso analítico tuve la oportunidad de responder dos años y medio después. Reunir las viñetas de esos dos momentos parece ser un buen ejemplo para clarificar un aspecto del que se ocuparon autores que hoy llamamos clásicos (H. Racker, H. Etchegoyen, Ana Freud).

Racker (1952, págs. 118-125; 1958, págs. 76-82), al tratar el tema de la transferencia con cierto detalle, se ocupa de una contradicción —aparente o real— de Freud acerca de la relación entre resistencia y transferencia: hay textos, dice Racker, en los que es claro para Freud que la resistencia se sirve de la transferencia y otros en los que, por el contrario, la resistencia se opone a la transferencia.

También Etchegoyen (2002, págs. 114 y 125), en su detallado recorrido sobre los temas de la técnica psicoanalítica, debate sobre la cuestión de la supuesta contradicción de Freud cuando en distintos pasajes se ocupa de la relación entre transferencia y resistencia.

En el presente trabajo me propongo traer otra vez a discusión los conceptos sobre la doble faz de la transferencia, repasar las respuestas que “los clásicos” encontraron para estos interrogantes y mostrar los dos aspectos en cuestión, primero en un texto freudiano y sobre todo en los dos fragmentos mencionados del análisis de una paciente.

## 2. La transferencia como resistencia

En el Epílogo del caso Dora, Freud (1905e) define la transferencia como “reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes” (p. 101). O sea, que toda una serie de vivencias pasadas es revivida como algo actual en relación con el médico.

De acuerdo con el pensamiento de Freud, el médico quisiera que el paciente continuara sus relatos y recuperara los recuerdos olvidados, pero el paciente, llegado cierto punto, **actúa** en su relación con el médico **lo que en realidad debería recordar**.

Unos años más tarde, en “Sobre la dinámica de la transferencia”, afirma que la transferencia sobre el médico sólo sirve como resistencia cuando es transferencia negativa, o positiva de mociones eróticas reprimidas (Freud, 1912b), p. 103).

En este punto, lo que importa subrayar es el aspecto dinámico, es decir mostrar que la transferencia se **intensifica y manifiesta con especial fuerza** cuando sirve de resistencia. Dice Freud: “De (la) experiencia inferimos que la idea transferencial ha irrumpido hasta la conciencia a expensas de todas las otras posibilidades de ocurrencia *porque*<sup>1</sup> presta acatamiento también a la resistencia” (Freud, 1912b), p. 101). Agrega que esto se repite innumerables veces en el desarrollo de un análisis ya que siempre que uno se aproxima a un complejo patógeno, lo que primero se aparece a la conciencia es la parte que se presta para ser transferida.

### 3. La transferencia como lo resistido

Como vimos, Racker y Etchegoyen subrayan que en otro texto freudiano— *Más allá del principio del placer* (1920g) — se ve que la repetición transferencial es resistida por el yo. Allí Freud afirma que al sustituir la terminología meramente descriptiva por una sistemática o dinámica, se hace evidente que **la resistencia del analizado parte de su yo** mientras que la compulsión de repetición —origen de la transferencia— procura que se exteriorice lo reprimido inconsciente. O sea que el yo y sus resistencias se oponen a la repetición transferencial.

De acuerdo con los conceptos de este texto —tal como lo señalan Racker y Etchegoyen— el médico está a favor de la repetición transferencial, repetición que por ser contraria al principio del placer encuentra la resistencia del yo.

En síntesis: en el Epílogo del caso Dora y en “La Dinámica de la transferencia”, el transferir aparece descrito como una resistencia y el yo se sirve de ella, en tanto que en *Más allá del principio del placer* aparece como algo resistido por el yo que se opone a los impulsos repetitivos del ello.

Se evidencia entonces una flagrante contradicción que exige preguntarnos: pero entonces, ¿el yo se sirve de la resistencia o se opone a ella?

### 4. La solución de Ana Freud y de Racker

Etchegoyen encuentra que la solución fue propuesta por Ana Freud en *El yo y los mecanismos de defensas* al distinguir entre transferencias de impulsos y transferencias de defensas. Estas segundas son resistencias, en tanto que el yo se resiste a transferir impulsos.

Para Racker la transferencia **es siempre ambas cosas al mismo tiempo**: lo que debe considerarse **resistencia es sólo aquella parte de la idea transferencial que llega a la conciencia** del paciente (llega precisamente porque sirve a la resistencia); en cambio, si consideramos **la moción inconsciente que pulsa para ser transferida, encontramos que el yo se opone, se resiste a esta transferencia** y el analista debe ponerse del lado del impulso para favorecer su manifestación transferencial.

En otras palabras, la parte resistencial de la transferencia ingresa a la conciencia justamente para evitar que haga consciente la parte resistida del mismo complejo transferencial. “La transferencia es resistencia y es lo resistido, o sea, el analizado repite defensas infanti-

---

<sup>1</sup> Destacado por Freud en el original.

les (que son las “resistencias de transferencia”) para no hacer consciente situaciones infantiles de angustia y dolor que esta por revivir en la transferencia” (Racker, 1952, pág. 81)<sup>2</sup>.

Propone el siguiente ejemplo: “si una analizada desea tener relaciones sexuales con el analista, ella repite este deseo no ‘para no recordar’ su deseo sexual hacia el padre (ya que esto es lo mismo) sino que lo repite en lugar de ‘recordar’, por ejemplo, ciertos aspectos de su situación de ‘tercera excluida’. El deseo sexual ‘ha penetrado en su conciencia porque sirve de resistencia’; lo resistido puede ser la vivencia de escena primaria con las angustias paranoides y depresivas inherentes” (Racker, 1952, pág. 82).

## 5. El amor de transferencia como resistencia y como lo resistido

El tema del amor de transferencia me permite mostrar cómo efectivamente Racker tenía razón al observar que **siempre** existe esta doble faz de la transferencia.

En “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, Freud (1915a, p. 166), después de describir la situación de amor transferencial, afirma que meditando un poco, se concibe rápidamente la sospecha de que todo aquello que “estorbe proseguir la cura puede ser la exteriorización de una resistencia. Y en el surgimiento de esa apasionada demanda de amor la resistencia tiene sin duda una participación grande.”

En todo el artículo Freud se explaya sobre la idea de la transferencia erótica como resistencia y afirma taxativamente que el enamoramiento en la relación transferencial “se singulariza por algunos rasgos que le aseguran una particular posición: 1) es provocado por la situación analítica; 2) es empujado hacia arriba por la resistencia que gobierna a esta situación, y 3) carece en alto grado del miramiento por la realidad objetiva, (...)” (Freud 1915a, p. 171-2).

O sea que Freud considera, explícitamente, que la transferencia erótica es una resistencia. Sin embargo, si ahondamos ahora en el pensamiento freudiano vemos que esta transferencia también es resistida.

“Exhortar a la paciente, tan pronto como ella ha confesado su transferencia de amor, a sofocar lo pulsional, a la renuncia y a la sublimación, no sería para mí un obrar analítico, sino un obrar sin sentido —dice Freud—. Sería lo mismo que hacer subir un espíritu del mundo subterráneo, con ingeniosos conjuros, para enviarlo de nuevo ahí abajo sin inquirirle nada. Uno habría llamado lo reprimido a la conciencia sólo para reprimirlo de nuevo, presa del terror” (Freud 1915a, p. 167).

“Uno debe guardarse de desviar la transferencia amorosa, de ahuyentarla o de disgustar de ella a la paciente; y con igual firmeza uno se abstendrá de corresponderle. Uno retiene la transferencia de amor, pero la trata como algo no real, como una situación por la que se atraviesa en la cura, **que debe ser reorientada hacia sus orígenes inconscientes y ayudará a llevar a la conciencia lo más escondido de la vida amorosa de la enferma, para así gobernarlo.**”<sup>3</sup> (Freud 1915a, p. 169).

Freud desaconseja por desatinada la técnica de promover el enamoramiento de las pacientes para analizar luego la cuestión. Pero una vez que la transferencia erótica ha aparecido, no cabe otra posibilidad que aceptarla, incluirla en el análisis y evitar una nueva represión. Para conocer “**lo más escondido de la vida amorosa de la enferma**” tenemos que poner-

---

<sup>2</sup> Las bastardillas son del original.

<sup>3</sup> El destacado no pertenece al original.

nos del lado de lo reprimido y favorecer su aparición, aun cuando al paciente le duela revivir esas experiencias de frustración y dolor.

## 6. Repetir o recordar

Tal vez sea pertinente una digresión interesante. Racker trae una aclaración muy significativa acerca de la **equivalencia entre recuerdos y repetición**. Sostiene que la conocida idea de Freud (1905e; 1914g) de que “el paciente repite (o actúa) en lugar de recordar”, en ocasiones, ha sido malentendida. Según esa idea, una acción, la repetición, aparece en lugar de la palabra, o sea que repetición y recuerdo se oponen. Pero en realidad, en la transferencia —afirma Racker (1958, p. 77 y sig.)—, recuerdo y repetición **también** pueden ser equivalentes, al punto que en ciertas ocasiones se puede decir, con todo acierto, que el paciente “**repite para no repetir**”, es decir, repite defensas para no repetir impulsos reprimidos. El ejemplo sería el ya citado de la analizada que repite el deseo de tener relaciones con el analista-padre para no repetir la penosa vivencia de tercera excluida. Aquí se hace evidente que el en primer caso el repetir hace referencia a la repetición de la defensa. O sea es un **repetir** (resistencia) **para evitar repetir** algo más doloroso aún (lo resistido).

Con igual argumento al de Racker, me parece posible agregar que en otras ocasiones también es válido decir que el paciente **recuerda para no recordar**: trae recuerdos defensivos para evitar que surjan otros más dolorosos. La fórmula “recuerda para no recordar” por un lado parece chocante y por otro es realmente clarificadora.

Es algo que a Freud (Freud, 1899a) se le había hecho evidente ya en los primerísimos tiempos del Psicoanálisis cuando, sorprendido, se ocupó de los recuerdos encubridores. A partir de ese modelo hoy no nos sorprende con cuanta frecuencia los pacientes recuerdan para no recordar, recuerdan escenas encubridoras para no recordar las escenas y significados encubiertos. Es notable la diferencia que experimentamos en la contratransferencia cuando aparecen los recuerdos que no son los encubridores sino los reprimidos, porque tenemos la vivencia de descubrimiento, de alivio, de satisfacción por haber llegado justamente a algo que hasta ese momento estaba encubierto.

## 7. La resistencia y lo resistido en el amor de transferencia de Estela

### Relato en dos tiempos

A continuación, transcribo (en cursiva) un material clínico que escribí en 2004 y le agrego luego, en un nuevo fragmento, algo de lo que ocurrió dos años y medio después, en el que se halla una parte de la respuesta a preguntas que el primer material planteaba.

- **Lo que conté en 2004**

*Estela consultó hace poco más de un año por su imposibilidad de resolver su situación matrimonial de un modo que la dejara más conforme consigo misma.*

*Casada hace más de 20 años, vive con su marido y sus dos hijas, Estelita de 15 años y Lucía de 9. Impulsiva y apasionada, se enamora con facilidad y no puede separarse ni refrenar sus enamoramientos, de manera que en todos estos años le ha sido infiel innumerables veces a su marido. Dice que no lo ama, pero no puede dejarlo.*

*Unos años atrás tuvo una experiencia psicoterapéutica que le permitió separarse de un amante. Quería dejarlo porque se sentía muy dependiente y porque no se sentía cómoda siendo infiel.*

No tardó en enamorarse de otro, con quien sale en la actualidad. Apenas después de la primera entrevista, con su estilo impulsivo y cortante —aunque luego cambia totalmente su decisión y la invierte— decidió “hacer vida de monja”, pero una semana más tarde sufrió varios días de fiebre muy alta y concluyó que no podía vivir en la abstinencia que se proponía.

De todos modos, el comienzo del tratamiento coincide con la interrupción de esta relación amorosa y el comienzo de un período de cierta promiscuidad. Cabe aclarar que la “libertad” sexual que vive no es consentida plenamente por su yo. Al contrario, Estela se angustia y se siente culpable por sus acciones.

Piensa entonces en separarse de su marido porque al menos de ese modo se vería libre de la angustia y la culpa. Ella no puede enfrentar el tema, y cuando lo intenta el marido lo evita todo lo posible y se va por varios días a trabajar a las sucursales que su empresa tiene en otras localidades: su modalidad ha sido siempre evitar cualquier conversación sobre cualquier aspecto de la vida emocional de pareja o de la familia.

Cuando Estela piensa en dejar a su marido, sin embargo, se siente llena de ansiedades. No sabe bien por qué no se anima. A veces piensa que él le sirve de control o de continencia, porque si no fuera por él, “tal vez estaría de trabajando de ramera”. Otras veces cree que si no se separa es porque sus tres hermanas y su madre no se lo perdonarían, porque Augusto es como un sostén para todas ellas. Además es la única que no se separó y todas quieren que ella siga con Augusto.

Ella y su marido son los que de algún modo mantienen los lazos que amalgaman al resto de su familia de origen. Es así que el último verano ellos alquilaron una casa grande en la costa y todos fueron a veranear allí y en circunstancias como esas, siempre la pasan todos muy bien.

La cuestión es que se suceden los días y los meses y cada vez se siente peor con Augusto. Los días que él no está para ella son un alivio, y cuando viene no ve la hora de que se vaya.

Para Estela surgieron nuevas complicaciones cuando comenzó a salir con Jorge. Sobre todo porque Jorge había estado en pareja hasta poco tiempo antes con la mejor amiga de Estela. Ahora tiene un nuevo motivo para sentirse culpable y además siente que no puede hablar casi con nadie, ni con sus amigas ni con sus hermanas. No obstante, sus hermanas lo sospechan y la condenan por traicionar a su amiga. De modo que se encuentra cada vez más sola.

En estas circunstancias, una madrugada, el marido —que seguramente decidió asumir la realidad— retorna inesperadamente a la casa, y ella, al regresar con Jorge a las 7 de la mañana, no hizo nada para ocultar lo que estaba pasando. La separación fue inmediata. Y, en principio, para Estela, fue un alivio.

Los meses siguientes, sin embargo —oscilando entre la angustia, la tristeza y el enojo—, fueron difíciles. Continúa con Jorge, pero tiene algunos encuentros impetuosos con Augusto, donde no faltan la pasión y los celos. A veces, la depresión es intensa.

En este momento del proceso es cuando aparece en la conciencia el amor de transferencia. Estela dice que no puede continuar el tratamiento porque ya no me ve de la misma manera. Que apenas puede dar a entender lo que siente porque le da vergüenza. Que esto no lo puede hablar con nadie “porque entonces sí van a decir, y con razón, que está loca”. Nadie la acusa, pero ella piensa que **arruina todo**. Cree que la única solución es dejar de venir hasta que se le pase y después ver si puede continuar. No exige correspondencia, pero es

evidente que trata de averiguar si siento algo por ella y no cabe ninguna duda que estaría dispuesta a materializar sus fantasías.

Hasta aquí el material. Desde un punto de vista, este sentimiento transferencial es una resistencia. Como señala Freud, si esta idea ingresó a la conciencia es porque fue empujada hacia arriba por la resistencia: interfiere el tratamiento, lo perturba y, más aún, amenaza con impedirlo totalmente.

Cabe preguntarse qué se pretende ocultar detrás de esta resistencia. Si la intención fuera lisa y llanamente interrumpir el proceso, otros argumentos podrían ser más contundentes e irrefutables.

Podríamos conjeturar que se trata de evitar la depresión profunda que se esconde detrás de los sucesivos enamoramientos. Esta hipótesis —tal vez excesivamente amplia— nos aproxima sin embargo a la idea de lo que se oculta detrás de los enamoramientos casi compulsivos.

Hasta ahora para ella, al menos superficialmente, cada nuevo amor era una manera de huir de una frustración y de un fracaso, le servía para evitar la soledad, y si no podía negarse era por su “debilidad emocional”. Estas y otras interpretaciones, con más o menos resistencias, podía aceptarlas. El nuevo amor es, en cambio, un peligro y no quiere analizarlo: falta a muchas sesiones, quisiera continuar sólo “cuando se le pase” y se propone someterse a una cura de sueño que le borre este amor imposible.

Debemos pensar que esta resistencia oculta un contenido específico, diferente al que se ocultaba en los otros amores. Ahora la paciente experimenta —una vez más— un nuevo amor, pero a diferencia de los casos anteriores experimenta también un peligro: el peligro de que analizar su nuevo amor sea la puerta que la obligue a ingresar en significados penosos. **Así visto, el significado del amor de transferencia se amplía: no es sólo una resistencia, es también lo resistido.**

Estela se encuentra ahora en una situación de máxima ambigüedad: ni se analiza —falta a muchas sesiones— ni abandona el tratamiento. Es dable pensar que quiere continuar, si no ya habría abandonado: necesita salir del sufrimiento y la única salida es saber más acerca de sí misma. Pero es evidente también que no quiere recorrer ese camino que presiente demasiado penoso. En este sentido, se resiste a transferir su amor de transferencia porque presiente que por ese sendero llegaremos a ver “**lo más escondido de su vida amorosa**”, como decía Freud, que es justamente lo que necesita saber, pero también lo que seguramente más le duele.

Por ahora no sabemos qué es lo más escondido de su vida amorosa. Cabe sospechar que nos encontraremos con un amor infantil y primitivo. Cabe imaginarlo un amor demandante y posesivo, en el fondo, imposible de satisfacer. Tal vez un amor exigente y desgarrador; tan desgarrador como el dolor que seguramente sintió y no quiere revivir, cada vez que recuerda —¿o sólo lo imagina?— a ese “papá maravilloso” que tuvo; a ese papá que no está, que no estuvo casi nunca, porque de un día para otro, a los 5 años, en un accidente, lo perdió para siempre.

Es dable imaginar finalmente que estas vivencias no van a aparecer ahora con toda su fuerza emocional. Tal vez, y en la medida en que el proceso pueda continuar, en sucesivas vueltas de espiral, sea posible llegar a atemperar las pasiones y los dolores que se ocultan tras ellas.

- **Mediados de 2007: Estela dos años y medio después**

Dos años y medio después Estela retoma el tratamiento, la depresión es persistente. Prácticamente por la tarde no se levanta, con las hermanas después de la separación y de la presencia de Jorge en su vida, ya no tienen el contacto que tenían antes.

Un día de octubre, Julio César, un amigo y amante ocasional de otra época, la invita a tomar mate toda la tarde en una situación de amistad y familiaridad. Al anochecer y sin haber tenido ninguna situación de intimidad, el amigo parte. Esa noche, o más bien esa madrugada, la llaman por teléfono desde el hospital: Julio César había salido prácticamente ileso de un accidente muy serio con su auto. Había chocado contra una columna de iluminación que, al caérsele encima, aplastó el coche pero a él sólo le rozó la espalda. Él recurrió a ella, Estela, para no perturbar a su propia madre que seguramente se habría muerto de susto y de angustia. La intervención de Estela permite que gracias a sus amistades, tanto en la policía como con los médicos, lo dejaran salir del hospital. Después de dos horas de llamadas nerviosas e intervenciones oportunas, ella espera en su casa la vuelta de Julio César. Llegan entonces el patrullero y más atrás la grúa con el coche destruido totalmente.

Allí en la vereda, al frío de la madrugada, ella se angustia. Julio César no baja del patrullero. Su auto está realmente destrozado ¿Cómo estará? ¿Será posible que esté bien? Finalmente cuando baja, ella le reprocha su inconsciencia. “No me retes dice él, abrazame que tengo frío”. “Te abrazo; pero por un cuarto de este accidente papá se mató, vos sos tan malo que no te hiciste nada, no te vas a morir nunca”. Un rato más tarde los dos terminan en la cama, se abrazan, están juntos, pero ella no quiere, no puede, no tiene interés en consumir el acto sexual pleno; no tiene ganas, sólo quiere que estén así, abrazados.

Después de relatar esto, tras un silencio, la sesión continúa:

P: Estuve con Jorge, pero no, con Jorge no quiero más, el quiere estar con la esposa, no quiero más, no por lo que usted me diga; “yo” no quiero más. Me cayó la ficha... (Silencio breve.) ¡Ahhhh! quiero que mi papá vuelva, Boari. (Llora. Silencio largo.)

¿Qué hago?

A: ¿A qué se refiere, cuáles son las opciones?

P: ¿Salgo de la cama, encaró la vida? ¿Qué hice mal con Julio César? ¿Por qué él se tuvo que accidentar después de estar conmigo ese día? Cuando mi papá se accidentó había ido a buscar a la hermana que había intentado suicidarse, venía de Estados Unidos, y él fue a Ezeiza a buscarla, también eran las 5 de la mañana.

A: ¿Y el accidente cómo fue?

P: Un coche salió de atrás de un camión, cuando se venía de frente, los dos se tiraron a la banquina, murió mi papá y el muchacho del otro auto; a mi tía no le pasó nada, a mi papá se le incrustó el volante en el pecho; Julio César ni atado estaba. Y ayer quería borrar el accidente de Julio César y llamaron de la grúa. Yo a mi papá no lo vi, fue en agosto, yo en noviembre iba a cumplir 6 años... Mi tía nos llevó a la plaza, éramos tres hermanas y mi mamá estaba embarazada de la cuarta. Mi tía nos explicó que no lo íbamos a ver más, que estaba en el cielo,... nosotras le dábamos comida a las palomitas. Yo no tenía mucha conciencia, no fuimos al entierro, yo fui después, el cajón estaba en un lugar horrible. (Pausa.) Julio César esa tarde me había contado lo bien que estaba, esa tarde estaba también mi hermana Alejandra, Julio César cebaba mate. Le pasó lo mismo que a mi papá, pero él no se

mató, tengo miedo que llame alguien y me digan que alguien se murió, se mató, no quiero que se mate nadie más, vi el auto destruido en la puerta de casa, estaba también el patrullero y Julio César no se bajaba nunca.

A: ¿Al auto de su papá también lo vio?

P: No, no sé por qué lo asocié tanto con mi papá, hasta que lo vi ahí y se bajó, se me cruzó de todo.

Estela relata que vino la hermana de Julio César y que entre Julio César y la hermana le insistieron para que vaya a la casa de la mamá de Julio César, y que la mamá estaba ahí diciéndole todo el tiempo: “gracias, gracias”, por lo que había hecho ella por Julio César.

P: “Basta de decir gracias” —le dije a la mamá y a la hermana—, “si hay un desesperado que necesita, en mi casa siempre va a haber un lugar, lo hubiera hecho por cualquiera”.

Unos minutos después termina la sesión. Cuando Estela se despide, lo hace con un sugestivo: “¡cuídense!”. Ella y yo sabemos que yo viajo en auto, en la misma ruta donde ocurrieron los accidentes de su papá y Julio César.

## 9. Comentario final

En el material de 2004 pudimos ver con claridad la resistencia en la transferencia e imaginar —sólo imaginar— lo que se escondía como resistido en esa transferencia. Supusimos un amor infantil, demandante, desgarrador y basado en la idealización de un amor —con el padre— que no fue.

Hoy vemos que cuando recupera las vivencias dolorosas referidas a la muerte del padre, el amor en la transferencia ha desaparecido. Y aún con un objeto no prohibido, la excitación habitualmente exacerbada, se desvanece. Es dable suponer entonces que amor de transferencia y excitación desbordante se prestaban para impedir la revivencia de los dolores más penosos.

Otra fantasía, apenas insinuada en el primer material bajo la autoacusación de que ella “arruina todo” se manifiesta ahora plenamente: ella con su sexualidad es capaz de matar. “No habré sido yo” —parece preguntarse inconscientemente— “la culpable de la muerte de papá con mi amor (edípico) indebido”. Tal vez así se llene de otro sentido el “¡cuídense!” del final: debería, según ella, cuidarme de los peligros de la ruta y... sobre todo de los peligros de su amor.



## **Bibliografía**

**Etchegoyen**, R. Horacio (2002) *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, (Segunda edición) Amorrortu, Buenos Aires, 2005.

**Freud**, Sigmund (1899a) "Sobre los recuerdos encubridores", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976-85. Tomo III.

**Freud**, Sigmund (1905e) "Fragmento de análisis de un caso de histeria", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976-85. Tomo VII.

**Freud**, Sigmund (1912b) "Sobre la Dinámica de la transferencia", en *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-85. Tomo XII, p. 99.

**Freud**, Sigmund (1915a) "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III). Buenos Aires: Amorrortu, 1976-85. Tomo XII, p.

**Freud**, Sigmund (1920g) *Más allá del principio del placer*, en *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-85. Tomo XVIII.

**Racker** (1952) "Consideraciones sobre la teoría de la transferencia", en *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, Paidós, México, 1990.

**Racker** (1958) "Sobre técnica clásica y técnicas actuales del psicoanálisis", en *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, Paidós, México, 1990.